

ADRIANA RUBENS

A woman with vibrant red hair, tied back, is smiling and looking towards the camera. She is holding a large, rectangular poster with a wood-grain border. The poster features a green background with a silhouette of a person in a Boy Scout uniform. The text on the poster is written in a distressed, white, blocky font. At the bottom of the poster, there is a yellow cursive signature. The entire scene is set against a white brick wall.

SE
BUSCA

Boy scout



Hope Ryan es una exitosa fotógrafa *freelance* que vive feliz en Manhattan y no quiere saber nada de relaciones estables ni de «buenos chicos», ya que piensa que siempre acaban decepcionando. Sin embargo, cuando se ve obligada a pasar el verano en Ithaca, comienza a sentirse atraída por la persona más inesperada: el *sheriff* Benedict Moore, un hombre con espíritu de *boy scout* que cualquier padre desearía tener como yerno.

Cuando eran adolescentes, Hope rompió el corazón de Ben de la forma más cruel. Doce años después, cuando se vuelven a encontrar, él ya ha dejado de ser un niño solitario, amante de los pájaros y de la naturaleza. Ahora es el *sheriff* del condado de Tompkins, un hombre respetado, atractivo y seguro de sí mismo. Y ya no es tan bueno como Hope piensa. De lo contrario, ¿por qué, cada vez que se cruza con ella, su cuerpo reacciona con deseos sexuales que están muy lejos de ser considerados respetables?

Pese a todo, Ben está dispuesto a hacer pagar a Hope por su antigua traición.

Palabra de *boy scout*.

Índice de contenido

Cubierta

Se busca boy scout

Prólogo

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

Capítulo 30

Epílogo

Nota de la autora

Agradecimientos

Sobre la autora

Notas

PRÓLOGO

Trillizas, iban a tener trillizas.

Samuel Ryan era un hombre previsor y muy organizado. Por eso, en cuanto la ginecóloga les informó a su mujer y a él del día en que iban a programar la cesárea, lo apuntó en el calendario y se preparó a conciencia para ello.

El dos de octubre. Ese sería el gran día, justo cuando Karen cumpliría las treinta y siete semanas de embarazo. Según la ginecóloga, era el tiempo ideal de gestación en un embarazo múltiple.

Samuel lo prefería así, todo programado. No quería sustos.

Nunca olvidaría la noche en que nació Winter. Todavía faltaba una semana para que Karen saliese de cuentas cuando rompió aguas. Y lo hizo el primer día de invierno, en medio de una de las peores tormentas de Nueva York de los últimos veinte años. Nevaba tanto que les fue imposible coger el coche para ir al hospital, y su mujer acabó dando a luz en casa, asistida por él mismo mientras seguía las instrucciones telefónicas de un médico de urgencias. Nunca había pasado tanto miedo, ni siquiera cuando en una ocasión lo encañonaron entre ceja y ceja con una pistola. Por suerte, todo salió bien, y su princesita nació sin complicaciones.

Tener trillizas no iba a ser fácil, lo sabía. Para empezar, el esfuerzo que iba a suponer para su economía familiar: tres cunas, tres sillitas de coche, un carro especial para trillizos y triple cantidad de comida, ropita y pañales. Y ya no quería ni imaginar el desgaste humano. Si con Winter el primer año casi no durmieron, y eso que estaban en ventaja numérica, con tres bebés iban a volverse locos.

Por todo eso, fue previsor y, un mes antes de la fecha estipulada, ya tenía todo preparado para la llegada de las niñas.

Y así, uno a uno, fue tachando los días en el calendario hasta que...

–Cariño, despierta. –La suave voz de Karen lo arrancó del profundo sueño en el que estaba sumido.

–Cinco minutos más –farfulló metiendo la cabeza debajo de la almohada.

–Es la hora.

–¿Seguro? No he oído el despertador –refunfuñó Samuel, creyendo que se refería a la hora de levantarse para ir a trabajar.

–Ya están aquí –anunció Karen con la misma entonación que Caroline, la niña rubia de *Poltergeist*, en la famosa escena en la que aparece delante de la tele.

El escalofrío de miedo que sintió cuando vio la película no fue nada en comparación con el terror absoluto que lo embargó cuando por fin comprendió lo que su mujer trataba de decirle.

Estaba de parto.

Abrió los ojos de golpe y se quedó allí, paralizado, con la cabeza todavía bajo la almohada y el cuerpo rígido.

–Sam, ¿me oyes? He roto aguas –insistió Karen.

El apremio de su tono lo sacó, por fin, del estupor en el que estaba sumergido y asomó la cabeza de su escondite.

–Pero..., pero... estamos a veinticinco de septiembre... ¡No tenemos la cesárea programada hasta la semana que viene! –balbuceó y le dirigió a su mujer una mirada de re-

proche, como si fuese su culpa que no cumpliesen con el calendario marcado.

–Eso díselo a las niñas –rezongó ella mientras se levantaba de la cama con pesadez.

Karen llamó por teléfono para avisar a la ginecóloga, fue al baño a asearse un poco y luego se vistió con tranquilidad mientras su marido corría de un lado a otro sin saber qué hacer y mascullando cosas sin sentido. Parecía como si su cerebro se hubiese cortocircuitado.

–¡Oh, vamos, cálmate! Solo es un pequeño imprevisto –murmuró Karen tratando de tranquilizarlo al ver su estado de nerviosismo.

–Pequeño imprevisto es ir a por leche a la nevera y que no quede –replicó él–. Esto es una calamidad.

–¡No exageres!

–¿Que no exagere? ¿Y si vuelve a nevar?

–¡Por Dios, Sam! Estamos a finales de septiembre, no va a nevar –bufó Karen con una risita.

–¿Y si la ginecóloga no llega a tiempo?

–Vive a cinco minutos del hospital. Llegará antes que nosotros.

–¿Y si nosotros no llegamos a tiempo?

–Como no te relajes un poco, eso sí que es posible –murmuró entre dientes Karen.

Eso detuvo de golpe a su marido.

–Tienes razón, voy a ir cargando el coche. –Y se dio media vuelta para irse.

–¡Sam! –le llamó Karen antes de que pudiese salir de la habitación.

–¿Qué? –preguntó con impaciencia.

–¿Qué tal si te vistes antes? –propuso escondiendo una sonrisa.

Samuel se miró a sí mismo. Solo llevaba puestos unos calzoncillos tipo bóxer de cuadros, ya que únicamente usaba pijama para dormir los meses más fríos de invierno.

–Sí, claro. Lo iba a hacer –se defendió con dignidad al ver que su mujer aguantaba la risa.

Para cuando Karen salió de casa, su marido ya estaba dispuesto a irse pitando en cuanto subiese al vehículo.

–¿Lo has cogido todo? –preguntó la mujer mientras Samuel le abría la puerta y la ayudaba a sentarse.

–Sí, llevo las tres bolsas que preparamos con toda la ropita, biberones, pañales y demás. También he cogido las nuestras y la de Winter.

Sam corrió a su asiento y se abrochó el cinturón de seguridad. Acababa de poner la primera y avanzado un metro cuando...

–¿Y Winter? –preguntó Karen.

Samuel detuvo el coche de repente mascullando un taco y bajó a toda prisa para entrar en casa. Al cabo de un par de minutos salió con la pequeña Winter en brazos, a la que colocó, todavía dormida, en su sillita.

–De esto ni una palabra a Travis –gruñó cuando se volvió a poner detrás del volante y el coche retomó la marcha.

Karen tuvo que morderse el labio para no reír.

Travis Ferguson era su compañero en el Departamento de Policía de Nueva York y, si Karen le contaba su pequeño lapsus, estarían bromeando a su costa en la comisaría durante los próximos meses, ya que Samuel era célebre en el cuerpo por ser capaz de mantener la mente fría ante cualquier situación de peligro.

–¿Lo has llamado?

–Sí, acudiré al hospital con Isobel por si necesitamos que se queden con Winter.

Además de la relación laboral, los unía una fuerte amistad, por lo que habían decidido que Travis y su mujer, Isobel, fuesen los padrinos de las trillizas.

Pese al comienzo imprevisto, todo salió rodado. Llegaron al hospital en diez minutos, y Karen fue llevada directamente al quirófano en el que la aguardaba la ginecóloga

ga. Y así, dos horas después, cuando el cielo comenzaba a aclarar en señal de que estaba a punto de amanecer, nacieron las trillizas: Faith, Hope y Charity.

Nunca olvidaría la primera vez que las vio. Tan pequeñas y frágiles. Tan rosadas. La enfermera le había dicho que debajo de los gorritos que llevaban puestos para conservar el calor escondían una pelusilla rojiza.

Sus cerecitas.

—¿Por qué están en una pecera? —preguntó Winter mientras las contemplaba con la misma fascinación que él. La había cogido en brazos para que las viera mejor.

—No es una pecera, es una incubadora —aclaró Sam con una sonrisa—. Van a necesitar estar ahí un par de días hasta que se pongan más fuertes.

La niña asintió conforme y luego se quedó pensativa.

—Papá, ¿somos ricos o pobres? —inquirió unos segundos después.

—¿Qué quieres decir?

—He oído a dos enfermeras hablar —explicó Winter—. Una ha comentado: «Les ha tocado la lotería», y la otra ha dicho: «Pobrecitos, la que les espera».

Samuel abrazó a la pequeña apoyando el mentón sobre su coronilla para que no viese su sonrisa. Winter tenía el oído fino y una gran curiosidad. Era un peligro mantener una conversación delante de ella porque parecía que no prestaba atención cuando, en realidad, lo escuchaba todo.

El primer comentario posiblemente se refería a las probabilidades de gestar trillizas gemelas: una entre doscientos millones. Sin duda, era tan difícil como que te tocara la lotería. En cuanto al segundo comentario, ese no requería explicación: cualquiera que hubiese tenido un bebé se podía imaginar lo que supondría tener tres de golpe. Un caos absoluto, de ahí lo de «pobrecitos».

Y, aun así...

–Somos ricos, princesa. Muy muy ricos –respondió finalmente Sam con el pecho henchido de amor por sus cuatro hijas.

CAPÍTULO 1

Ben

Nunca olvidaré la primera vez que vi a Hope Ryan. Por aquel entonces, yo tenía diez años y era miembro de la tropa de *boy scouts* de Ithaca. Me esforzaba por cumplir los doce preceptos que defendía la Ley Scout. De hecho, eran las cualidades que me definían como persona. Que todavía siguen haciéndolo:

Digno de confianza.

Leal.

Servicial.

Amistoso.

Cortés.

Amable.

Obediente.

Alegre.

Ahorrativo.

Valiente.

Limpio.

Reverente.

Era el orgullo de mis abuelos, y todos los que me conocían decían que era el niño perfecto. Además, siempre me ha fascinado la naturaleza, desde muy pequeño, y me pasaba las horas muertas con los viejos prismáticos de mi

abuelo, observando a los pájaros y cuidando de lo que yo consideraba «mi territorio».

En conclusión, para los adultos era un ejemplo de buen chico, y para la mayoría de los niños de mi edad era un repelente y un pingado. Mis compañeros me pusieron mil apodos: el Guardabosques, Birdboy, Rarito de las plantas... Sin embargo, aquello nunca me condicionó a querer cambiar. Todo lo contrario. El bosque era mi lugar preferido en el mundo y me esforzaba por protegerlo.

Fue allí, en el bosque que rodeaba la casa de mis abuelos, donde la conocí.

Me había subido a un árbol, una inmensa haya americana que había cerca del lago con unas ramas gruesas que invitaban a la escalada. Estaba encaramado en una de ellas, a unos tres metros por encima del suelo, cuando escuché una voz justo debajo de mí.

—¿Qué haces?

Casi me caí del susto que me produjo su imprevista intervención. Me agarré a la rama con fuerza para recuperar el equilibrio y eché una mirada rápida hacia abajo en busca del origen de aquella voz. Desde donde estaba, solo atiné a ver una mata de pelo rojizo. Lo único que tenía claro era que se trataba de una chica.

—Estoy colocando una casita para pájaros que he hecho —expliqué mientras retomaba la tarea.

No sé lo que esperaba. Tal vez que me volviese a hacer alguna pregunta desde donde estaba o que se fuese una vez saciada su curiosidad. Pero después descubrí que Hope Ryan no era de las que se conformaban con observar desde lejos.

Antes de que me diese cuenta, trepó con soltura hasta situarse a mi altura, algo que me fastidió bastante porque lo hizo con más agilidad de la que yo había demostrado. Cuando llegó hasta mí no dijo nada, tan solo se dedicó a mirar con atención cómo aseguraba la casita que había construido con palitos de polo.

–¿Cuántos palitos has utilizado? –inquirió al cabo de un par de segundos.

–Cien.

La niña dejó escapar un silbido antes de preguntar con los ojos dilatados:

–¿Y te los has comido tú todos? –Me encogí de hombros, sin darle una respuesta clara. Nunca mentía, pero me había gustado impresionarla y no quería estropearlo. La verdad era que la mitad de esos palitos me los había comprado mi abuela en una tienda de manualidades. Por suerte, ella lo dejó pasar—. Mi madre solo nos deja comer uno al día.

–¿A quiénes? –pregunté con curiosidad.

–A mis hermanas y a mí.

–¿Cuántas hermanas tienes?

–Tres. ¿Y tú?

–No tengo hermanas.

–¿Y hermanos?

–Tampoco –revelé con un encogimiento de hombros, tratando que no se notase que era un tema espinoso para mí.

–¡Oh! –Su tono destilaba tanta pena que me hizo fruncir el ceño. ¿Se habría percatado del deseo oculto que siempre había sentido de tener un hermano?

Mis padres nunca quisieron tener hijos, yo fui algo así como un accidente que pasó a convertirse en un experimento del que pronto se aburrieron. Ellos eran artistas y viajaban por el mundo en busca de inspiración, aunque su lugar de residencia habitual era París, y a mí me dejaron al cuidado de mis abuelos paternos, que vivían en Ithaca, desde que era un bebé.

Jason Moore, mi abuelo, era un coronel retirado y para él las normas, el respeto y el honor eran esenciales, y Anne, mi abuela, que había sido maestra de primaria, profesaba los mismos principios. Aunque nunca me faltó el cari-

ño, fueron bastante estrictos y me educaron de un modo tradicional, incluso pasado de moda.

Tal vez por eso el hecho de comportarme como un caballero con las mujeres ahora me sale de forma natural. Soy el típico hombre que abre la puerta del coche a su acompañante, le aparta la silla en un restaurante o le lleva flores. Detalles que observé a mi abuelo hacer toda su vida y que se han grabado en mí como si formase parte de mi ADN. Tampoco digo tacos, nunca, y eso que he estado en el ejército. Al menos, no los digo en voz alta. En mi mente me permito el lujo de decir alguno cuando me sacan de mis casillas, algo que no es nada fácil. Tengo un carácter bastante apacible y afable.

Pero volviendo al pasado...

Mis abuelos me adoraban, con eso me debería haber bastado, aunque la verdad era que me hubiese gustado tener hermanos. En el colegio veía a otros niños que siempre estaban quejándose de sus hermanos pequeños o alabando a sus hermanos mayores. Discutían, peleaban, pero se defendían mutuamente ante cualquiera que los importunara. Y, lo más importante, no estaban solos.

Yo me sentía solo la mayor parte del tiempo.

Por desgracia, tampoco tenía muchos amigos. No terminaba de encajar con los niños de mi edad, más aficionados a los videojuegos. Tal vez por eso mi abuelo me apuntó a la tropa de jóvenes *boy scouts* de Ithaca, para que me relacionara con niños que compartían mi pasión por la naturaleza.

—¿Por qué no has pintado la casita? —preguntó de pronto la niña sacándome de mis pensamientos.

—A los pájaros les da igual si está pintada o no. Solo quieren un sitio para dormir.

—¿Cómo lo sabes? ¿Se lo has preguntado?

—Claro que no, no hablo con los pájaros. —Resoplé molesto porque pudiese suponer algo así—. Además...